

Notas bibliográficas

Las antigüedades de Manabí del Profesor Saville y el estudio de la civilización de los Caras.

Las exploraciones arqueológicas se multiplican desde hace algunos años en América, gracias al progreso del americanismo, á la cooperación de los gobiernos y á los generosos mecenas de los Estados Unidos. México gasta hoy algunos millones para descubrir los secretos de las pirámides de Teotihuacán; el gobierno del Perú encomienda su Museo y la exploración de sus monumentos al muy competente Dr Uhle; el duque Loubat funda premios y cátedras en París, Berlín y Nueva York, al mismo tiempo que enviaba á estudiar las ruinas de Mitla al joven y muy simpático Sr. Saville, uno de los conservadores del Museo de Nueva York.

En esta opulenta ciudad no ha tardado en presentarse otro Mecenaz, Mr. Jorge G. Heye, quien se ha propuesto hacer estudiar las "antiguas civilizaciones que han existido desde el istmo de Panamá hasta el Perú" (sic), confiando la primera expedición al mismo Sr. Saville en 1906, quien se dirigió entonces á las costas del Ecuador. El viaje ha sido corto, durante cuatro meses que ha podido sacrificar del curso creado para él por el duque en la Universidad de Columbia (N. Y.) No ha tenido, pues, tiempo para hacer excavaciones; pero ha acopiado una preciosa colección de antigüedades de la provincia de Manabí, el país de los famosos Caras. El espléndido volumen en folio que acabamos de leer con suma atención, y su hermoso álbum, son dignos del autor y del Mecenaz. El título, que traducimos del inglés, es el siguiente: *Las antigüedades de Manabí.*—Informe preliminar de Marshall H. Saville, etc. Nueva York 1907. Edición de 300 ejemplares numerados.

En una introducción de 82 páginas traza el Sr. Saville la historia del viaje; sigue la minuciosa descripción de los objetos que forman la colección y reproducidos en las láminas; á continuación hay largos extractos de obras que tratan de los indios de Manabí y una bibliografía. Total del texto 121 páginas; siguen 55 láminas heliotípicas.

La presente obra, por más que el autor la titule *informe preliminar*, no puede dejar de interesar en alto grado á los peruanistas, pues la historia de los Caras del antiguo reino de Quito está íntimamente ligada con la de los incas, á tal punto, que el quipocamayo Catari no ha vacilado en afirmar que éstos son originarios de *Sumpa*, hoy Santa Elena, en la costa meridional del Ecuador.

Poco más al norte, en la provincia de Manabí, reinaron los Caras, (700-980) conquistadores de los Quitus, y á su vez fueron sometidos por los incas; de suerte que el estudio de sus monumentos nos interesa sobremanera, y si las circunstancias nos lo permitieran de buena gana consagraríamos un largo estudio á las antigüedades halladas en Manabí, debidas á los Caras, que primero se establecieron en la bahía de Caraques, dominando después en toda aquella provincia central de la costa ecuatoriana. Examinemos sólo lo más notable de la colección que nos presenta el Sr. Saville, tratemos de descubrir su verdadera significación y si existen ó no objetos semejantes en otras regiones.

La colección comprende varios policromos con dibujos curiosos, discos de cobre, y sobre todo 23 fotografías de las tan conocidas *sillas* (?) de piedra, unos cuantos bajos relieves simbólicos, dos de los que representan á una diosa desnuda, acaso Umiña, con los brazos abiertos, y en fin, en el texto, una estatua muy tosea y gastada que revela ser mucho más antigua que todo.

Lo que más nos sorprende es no hallar la menor huella de monumentos arquitectónicos, en los restos de un pueblo que ha dejado tantas piedras muy bien labradas, en forma de sillas. Es verdad que aún no se han hecho excavaciones en Caraques, Manta, Cojimies, y en la antigua Esmeraldas, etc., donde residieron los Caras, pero el hecho es notable y merece llamar la atención del americanista. Hasta hoy no se conocen sino pozos de 20 metros y un gran número de

las llamadas *sillas*: hay que ir, por tanto, en busca de los muros y cementerios primitivos, sin confundir estos últimos con los de los modernos caribes, que sucedieron á los Caras en la costa.

Estudiemos mientras tanto, ya que casi no queda más, las famosas sillas, conocidas desde hace unos sesenta años y en gran número, que, inclusive las 23 del Sr. Saville, son acaso 200, según dice él mismo,

En efecto, ya desde el año 1858 M. Villavicencio, en su Geografía del Ecuador, nos dice haber visto *más de treinta* formando *círculo*, sobre los montículos de los alrededores de Montecristi y él mismo llevó dos á Guayaquil, donde hemos visto otras en venta; en 1862 vió 12 en círculo el Dr. Marriott, cuyo testimonio verbal hemos conservado por escrito felizmente. Aparte de las que quedan aún en el Ecuador, especialmente en Montecristi y Guayaquil, hay muchas en colecciones privadas y en los principales museos de Europa y de Estados Unidos. Véanse las descripciones de los DD. Hamy y Bastián.

La colección del Sr. Saville, que cuenta 23, es la más completa y variada, pues nos permite seguir las evoluciones del arte Cara desde el tipo más rudimentario hasta el más perfecto. A un trozo de andesita se le ha dado la forma artística de una silla sin espaldar, en que el asiento tiene las más veces aspecto de media luna, cuando no es poligonal. Dicho asiento descansa rara vez sobre un pie piramidal, y casi siempre un sobre el dorso de un hombre ó de un cuadrúpedo. En los bordes de los brazos, que suelen ser angulares, hay en relieve ciertos signos, que sin duda son simbólicos. Hay modelos que merecerían ser imitados por nuestros artistas.

La generalidad ha creído hasta hoy que nos hallamos en presencia de una serie de curules que servían á los magnates para deliberar sobre los negocios del Estado, formando rueda en la meseta del Cerro de Hoja, del Jaboncillo, etc., cerca de Montecristi (Manabí). Las apariencias han engañado á los que así piensan, y vamos á probarles con los mismos monumentos Caras de Manabí, que lo que ellos llaman sillas son meros *altares portátiles*, para los sacrificios en honor del Sol y de la Luna.

Ante todo debemos decir que la silla no existe, ó es de lo más raro entre los indios antiguos y modernos; usaban á lo sumo los jueces banquillos de piedra, como los que hay en Copacabana; pero los demás no se sentaban sino en el suelo ó descansaban poniéndose en cuclillas, como lo hemos observado mil veces en el interior del Perú. No es pues concebible que los habitantes de Manabí, hicieran sillas de piedra, pues siendo tan hábiles en los trabajos de cestería, si hubieran pensado en fabricar asientos los habrían hecho de mimbres ó ramas, y no de un material tan pesado y difícil de transportar.

Podrá decirse por alguno que estas son meras cavilaciones y conjeturas ingeniosas, que poco ó nada prueban. Por eso vamos á presentar una prueba gráfica incontestable, que nos ofrecen dos de los bajos relieves de la diosa, publicados por el Sr. Saville. Allí vemos sirviéndole como de aureola, lellenda dedicatoria, ó lo que caracteriza á esta divinidad, 12 dibujos muy claros é iguales á las 12 sillas que vió en 1862 el testigo ya mencionado. La única diferencia que hay es la siguiente: á ambos lados de la diosa vense dos pequeños discos, el Sol y la Luna, que los Caras adoraban según Velasco; y estos mismos símbolos religiosos se repiten sobre *cada una* de las 12.....pretendidas sillas. La conclusión es fatal y sin réplica: estos son los 12 altares, símbolos de las 12 lunas, destinados á las fiestas y sacrificios mensuales en honor de dichos astros. Los cerros de Hoja, Jaboncillo, etc. servían, como los teocallís, para las ceremonias religiosas de cada mes, y por eso se han encontrado tan pesados altares, que á primera vista parecen sillas: he aquí explicado todo el misterio.

Resuelto así definitivamente el primer problema, tratemos del segundo, cuya solución no presenta dificultad alguna, pues se reduce á llamar la atención hacia un hecho conocido hace más de medio siglo, pero que ha sido olvidado ó no advertido por los americanistas contemporáneos.

El problema es éste: ¿los altares mencionados se hallan sólo en la costa del Ecuador ó estaban en uso en otros pueblos civilizados de la América Meridional? La respuesta es: que no eran exclusivamente Caras, y acaso éstos los recibieron de un pueblo más antiguo y más adelantado del sur, Co-

lombia, donde recordamos que hacia 1828 encontró altares idénticos nuestro compatriota Rivero, que por allí viajaba con Bonsiengault. Consúltese el texto y el atlas de sus *Antigüedades Peruanas* (Viena 1851) y se hallará la silla ó altar y otros objetos, á mi juicio admirables, que provienen de las ruinas de San Agustín, cerca de Timana (Tolimá), al este de Popayán y no lejos de la frontera ecuatoriana. Séanos permitido recomendar este Tiahuanaco colombiano á los señores Heye y Saville, pues en vista de lo poco que de él si conoce, pueden estar seguros de hallar una abundante cosecha.

Queda, pues, de paso probado, de un modo general por lo que acabamos de decir, que la antigua cultura de Timaná tuvo intimas relaciones con la de Manabí, así como las razas caribes posteriores, de la costa occidental del Ecuador y Colombia, se asemejan entre sí y á las tribus Orientales, aun en el modo de reducir á *un puño* las cabezas, como decía el cronista Zárate, el mismo que vió dos colosales estatuas en Portoviejo.

El libro tan interesante del Sr. Saville ha venido á ilustrar y resumir lo que sabíamos de los Caras por las obras de Velasco, Wolf y González Suárez, las que por preciosas que sean, dejan mucho que desear y deben completarse mediante serias exploraciones arqueológicas en la costa y en las islas que hay desde Tumaco hasta la Puná. Sólo en quince días de trabajo en la desierta isla de la Plata, situada á diez leguas de Manta, el Sr. Dorsey, del Museo de Chicago, logró en 1892 muy buen resultado, como lo revela su curiosa monografía (1), muy corta y poco sugestiva; pero en cambio lo son mucho sus numerosas fotografías, en que hallamos cabezas de Caras, etc.

El mismo autor aconseja por esto que se hagan nuevas excavaciones en otros puntos por él no explorados. Los demás objetos hallados por Dorsey son de gran interés, y entre ellos hay dos cántaros bellísimos y casi únicos, ídolos de oro y plata, cabezas de cautivos, piedras con discos grabados y simbólicos, y sartas de piedras de diversas formas, sin duda gráficas como aquellas que usaban los Caras de Quito en vez

(1) *Archaeological investigations on the island of La Plata*, Chicago 1901, en 4°. con muchas láminas.

de quipos, (V. lámina 65 y 66), aunque Dorsey no lo sospecha.

Urge desde el punto de vista peruano, á causa de las afirmaciones de Catari, ya para confirmarlas ó rechazarlas, hacer también excavaciones *profundas* en Tumbes, La Puná y Santa Elena. Hay que ver lo que se oculta bajo los cimientos de los famosos pozos atribuidos á los gigantes, y si hay huellas de la antigua *Sumpa*, fundada por Tumba, según el quipocamayó de Cochabamba. Sea de ello lo que fuere, Santa Elena es un sitio que merece ser explorado y los resultados tienen que ser importantes, en todo caso, sean positivos ó negativos.

Siguiendo la costa hacia el norte, el arqueólogo debe excavar por el oriente las *tolas* ó cerritos artificiales, donde se sabe que se enterraban los Caras, y mientras más altas son más alta era la dignidad del difunto. Las tolas son numerosas al norte, tanto en la costa como en la sierra.

Hay necesidad de ver lo que ocultan los cerros donde se han encontrado los altares; pues aunque se demuestre que no son artificiales, lo que nos parece poco probable, siempre se hallará algo bajo tierra, en la cima ó en las faldas, porque así lo hacen presumir las fiestas y sacrificios que allí se celebraban en presencia de todo el pueblo.

He aquí los demás lugares donde las excavaciones podrán ser fructuosas, para conseguir conocer menos imperfectamente lo que fué la civilización Cara antes de la conquista de Quito: Jipijapa, Manta, Montecristi, Charapoto, Portoviejo Picoasá, Bahía de *Caraques* y sus cercanías; las ruinas de Cojimies ya indicadas como importantes en el mapa de Lacondamine; los diversos pueblos Caras situados á orillas del río Esmeraldas, hasta el llamado puerto del Inca y el Caoni; y el que llevaba el nombre del río en la confluencia del Vichí, donde los indios escondieron la famosa esmeralda de que hablan los cronistas.

Para completar estos datos, que deseáramos sirvieran de guía á los exploradores futuros, agregaremos otros que nos parecen oportunos.

El estudio de la historia de los Caras es de la más alta importancia, pues se identifica con la del Ecuador hasta me-

díados del siglo XV, en que reinó el último *Chiri* (y no *Scyri*) (1). Debe por tanto tratarse de resolver el problema lingüístico, que dará gran luz para la solución de los demás, sobre todo del relativo al uso del quechua en la sierra ecuatoriana.

Para conseguirlo, guiado para la estructura de las raras voces Caras que se conocen, hay que estudiar la nomenclatura geográfica indígena del país, procediendo por eliminación, es decir, descartando las palabras que tienen afinidades caribes (Colorados, Cayapas, etc.) ó quechuas evidentes; el resto tiene que ser de origen Cara, como la voz *Caranqui*, que se sabe es el plural de *Carán*, por la adición del sufijo *ki* ó *qui*. Así mismo, *tola*, gran sepultura, es cara, como los nombres de los príncipes: *Eplicachima*, *Duchicela*, *Hualcopo*, etc. que nada tienen que ver con la lengua quechua. Esta parece era sólo la de los primitivos Quitus, vencidos por los Caras.

El libro del Sr. Saville, á quien conocemos y apreciamos desde 1902, nos ha inspirado este artículo, escrito al correr de la pluma de un inválido, para que sea conocido por los lectores de la Revista Histórica. Muy grato nos será dar cuenta de sus futuros descubrimientos arqueológicos, que con sumo interés aguardamos y deseamos y que de algo le sirvan estos modestos apuntes en sus investigaciones sobre la civilización de los Caras.

París, 1907.

M. GONZÁLEZ DE LA ROSA

Los negociadores diplomáticos peruanos y colombianos desde 1821 hasta 1829.—Refutación al estudio publicado por D. José A. de Izcue en la REVISTA HISTÓRICA, por Carlos Paz-Soldán.

El señor D. Carlos Paz-Soldán, miembro de número del Instituto Histórico, ha recopilado en un folleto los artículos que publicó en un diario de esta capital refutando el trabajo del señor Izcue inserto en las páginas de la REVISTA. Tiende el autor á probar que para lograr su objeto, el señor Izcue ha truncado algunas de las citas que hace y torcido la interpretación

(1) Velasco, habituado al sonido italiano *sci*, escribió impropriamente en castellano este nombre Cara, que significa señor ó rey, y que debe escribirse *Chiri* según nuestra ortografía, y sin *y griega*. Así se escribe el antiguo apellido de Quito y Guayaquil, *Chiriboga*. etc.